

SOLO LIBROS / reseñas

CRISTÓBAL ESPINOZA YÉPEZ. *LA ACADEMIA DE GUERRA DEL EJÉRCITO (1920-1940): APORTES DE LA MISIÓN MILITAR ITALIANA*. QUITO: CENTRO DE ESTUDIOS DEL EJÉRCITO / UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR, 2019, 128 PP.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2889>

Los trabajos históricos sobre el Ejército ecuatoriano como objeto de investigación son escasos. La mayoría de los estudios realizados se han enfocado en el relato de batallas y eventos tales como la Independencia y la Revolución Liberal. Por eso llama la atención el libro de Cristóbal Espinoza, pues visualiza la educación militar en Ecuador, mediante la instauración de un instituto académico militar denominado Academia de Guerra en el período 1920-1940.

El autor se fundamenta en la definición de Guillermo Cabanellas para analizar la Academia de Guerra, desarrollar su argumentación con fuentes documentales no estudiadas y demostrar la importancia de la influencia de la doctrina militar italiana en el Ejército ecuatoriano de la primera mitad del siglo XX.¹ De este modo, pone en diálogo documentos identificados en el archivo del Centro de Estudios Históricos del Ejército, el Ministerio de Relaciones Exteriores y fuentes primarias de origen italiano, en donde se observan las negociaciones y funcionamiento institucional de la Academia de Guerra durante sus primeros 20 años. Además, Espinoza contempla las complejas condiciones políticas ecuatorianas de la década de los 30.

El autor divide su investigación en dos capítulos para exponer los sucesos que transcurrieron en el ámbito político-militar para llevar a cabo el convenio firmado entre el reino de Italia y el Ecuador. En el primer capítulo (pp. 15-34), Espinoza explica las condiciones políticas y sociales de inicios del siglo XX, cuando el gobierno contrató una misión militar de Chile ya

1. Guillermo Cabanellas, *Diccionario militar: aeronáutico, naval y terrestre* (Buenos Aires: Heliasta, 1961), 53.

que, en 1910, se dio el primer intento para instaurar la Academia de Guerra.² Espinoza explica que debido a los problemas limítrofes entre Ecuador y Perú de principios del siglo XX, y a la falta de instalaciones adecuadas para su funcionamiento este instituto no pudo establecerse. A estas circunstancias se sumó el hecho de que la experiencia militar durante la revolución conchista puso en evidencia la falta de conocimiento de la doctrina militar en los jefes de las unidades militares.

En 1919, durante el gobierno de Alfredo Baquerizo Moreno, empezaron las negociaciones con el reino de Italia para profesionalizar a los jefes militares. Estos acercamientos se consolidaron definitivamente en el Gobierno de José Luis Tamayo. Mientras que la opinión pública nacional jugaba un papel importante en la aceptación de estas negociaciones y los sucesos que tendrían los oficiales italianos una vez que empezaron sus funciones en Ecuador.

Espinoza enfatiza que la misión militar italiana fue parte de una estrategia de expansión geopolítica y económica del reino de Italia, en momentos que el fascismo crecía en América Latina. En ese marco, las autoridades ecuatorianas aceptaron la negociación con la compañía italiana en el Ecuador, que presentó un plan de asesoramiento económico y productivo, especialmente en el aspecto agropecuario; a la par que contaba con una propuesta de profesionalización militar.

En el segundo capítulo, el más extenso (pp. 35-104), Espinoza explica el funcionamiento de la Academia de Guerra: la misión militar de Italia fue un segundo grupo extranjero que proporcionó el soporte necesario para profesionalizar al Ejército, a inicios del siglo XX. La Ley Orgánica Militar de 1905 dio el sustento legal para que la misión se enfocara en el desarrollo de las capacidades de los jefes militares ecuatorianos, quienes planificarían la defensa del territorio nacional.

La misión militar de Italia fue dirigida por el general Alessandro Pirzio Biroli, junto a un numeroso contingente de oficiales. Se propuso replicar la experiencia bélica y las lecciones aprendidas por su país en la Primera Guerra Mundial, ya que la mayoría de los oficiales italianos fueron veteranos de aquel conflicto, y por eso realizaron la traducción de todos los manuales del curso de Estado Mayor de la Academia de Guerra de Italia para impartir las clases en el país.

La experiencia bélica de Italia le permitió ser un referente del modelo institucional militar en América Latina para perfeccionar a los jefes militares que cumplieran las funciones de comandantes y miembros de los Estados Mayores en los repartos militares, con el propósito de desarrollar la

2. Jorge Martínez Bucheli, *Primera misión militar chilena en Ecuador* (Quito: Centro de Estudios del Ejército / Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2019).

conducción militar en caso de guerra y con oficiales idóneos para actuar en el terreno montañoso del país.

De acuerdo con el autor, una vez analizado el escenario militar en el Ecuador, entre las primeras acciones estuvo reformar la Ley Orgánica Militar de 1905. Así se creó la sección de instrucción militar del Ejército, como punto clave para la gestión de la educación castrense, permitiendo que se reorganice la estructura de la institución, con oficiales capacitados en los cursos de Estado Mayor, pues de 1922 a 1939 se desarrollaron cinco de ellos.

Para Espinoza, el curso de Estado Mayor era el complemento de los conocimientos adquiridos en el Colegio Militar para obtener el perfeccionamiento y profesionalización de los oficiales superiores. Aunque también se implementaron otros cursos militares para oficiales inferiores —en infantería, caballería, artillería e ingeniería; así como las especialidades necesarias para los servicios de apoyo y administrativos—, los cursos de Estado Mayor fueron planificados exclusivamente para oficiales superiores (tenientes coroneles y sargentos mayores). Pero, en los hechos, se capacitó a oficiales de rangos menores como capitanes y tenientes. El autor no profundiza en las razones por las que sucedió esto, por lo que deja una arista para una futura investigación que permita determinar si, a pesar de no estar en el nivel de mando correspondiente, los oficiales de rangos inferiores fueron parte de las planas mayores de las unidades, o si el mando militar direccionó los cursos de Estado Mayor a la formación de oficiales de menor jerarquía para formar algún tipo de institucionalidad militar en las bases de la oficialidad y también determinar si los cursos no fueron aceptados por los jefes militares.

Una de las posibles causas, aunque requiere mayor estudio, es la influencia de los oficiales italianos en la vida política del país. Según lo dice Espinoza, estas acciones no fueron bien vistas por los mandos militares, ya que el Ejército empezó un proceso de despolitización a partir de la Revolución juliana. Además, en la década de 1930, la opinión pública se opuso a que se impartiera la doctrina militar italiana en el país debido a su corte fascista y, según la prensa, los oficiales de los rangos menores corrían el riesgo de este adoctrinamiento, pues los oficiales italianos también planificaron la malla curricular de los cadetes del Colegio Militar y los cursos de armas que desarrollaban esos oficiales.

Cabe mencionar que Espinoza dialoga con los escritos del general Luis Larrea Alba para analizar la influencia italiana en la estructura militar como consecuencia de la invasión del Perú a las provincias del sur del Ecuador durante la campaña bélica de 1941. Larrea, por entonces con el grado de sargento mayor, fue alumno del primer curso de Estado Mayor (1923) y se opuso permanentemente a la presencia de la Misión Militar Italiana, debido a que se inmiscuía en la política nacional, además de dar aviso sobre la excesiva

carga teórica de dos años académicos de la doctrina militar italiana en los cursos de Estado Mayor, sin dar paso a los ejercicios en el territorio, ni establecer planes de defensa nacional. Además, denunció que varios de los exasesores militares italianos se encontraban en Perú, cumpliendo con otra misión militar en ese país, asumiéndolo como una traición, al revelar los problemas militares de las posiciones defensivas del ejército en la línea de la frontera sur.

La obra de Espinoza permite concluir que la presencia de los oficiales italianos en el Ecuador permitió sentar las bases de la profesionalización de los mandos militares. Esta investigación aporta al debate sobre la historia militar, que aún tiene elementos sobre los cuales indagar, como se desprende de esta investigación y se ha señalado a lo largo de este texto. Entre otros temas, se puede emprender en un análisis más profundo de la influencia doctrinaria en la defensa nacional ocurrida durante la guerra entre Ecuador y Perú en 1941 y la relación que existió entre los campos político y militar de la primera mitad del siglo XX, con el propósito de identificar los motivos que fomentaron las atribuciones que han tenido las Fuerzas Armadas para inclinar la balanza política nacional.

Miguel Ángel Saldarriaga Viteri
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0003-4812-5585>

ESPERANZA LÓPEZ PARADA. *EL BOTÓN DE SEDA NEGRA: TRADUCCIÓN RELIGIOSA Y CULTURA MATERIAL EN LAS INDIAS*. MADRID / FRÁNCFORT: IBEROAMERICANA / VERVUERT, 2018, 427 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2820>

La traducción lingüística y cultural realizada por los religiosos y laicos en el Nuevo Mundo es el principal tema analizado por Esperanza López Parada. El título de la obra nace de una descripción dada a Francisco de Ávila por parte de un indígena, quien había encontrado un “botón de hilos de oro y seda negra, caído seguramente de alguna chaqueta española” (p. 23), objeto que el nativo tenía como “huaca” o divinidad. El libro está dividido en doce capítulos, respaldados en fuentes documentales, impresas y bibliografía de sólida factura, aunque por momentos tal cantidad de información proporcionada es densa, haciéndose necesario realizar pausas para lograr su comprensión. Aunque no lo manifiesta explícitamente, en su prefacio da un adelanto de la metodología empleada en su investigación, muy parecida a la realizada por Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*.

Inicialmente, en 1. “Sermones en quechua: resistencias del habla a la traducción”, se concentra en las dificultades experimentadas por los misioneros para evangelizar a los nativos en castellano, lo cual propició la elaboración de artes, gramáticas, vocabularios, catecismos, etc., en lengua indígena; para que los religiosos aprendieran el idioma del lugar al que iban a misionar. Asimismo, se ocupa de la polisemia contenida en el término “huaca”.

Habiéndose definido la multiplicidad de significados contenidos en un solo término (*huaca*), en 2. “El nombre de Dios en lengua de indios”, la autora hace una relación de las traducciones de la doctrina cristiana a las lenguas indígenas, en los períodos pre y posconcilios limenses y mexicanos. Si antes los traductores empleaban terminología indígena para referirse al ser supremo, a partir de las mencionadas asambleas, palabras como “Dios”, “Virgen” y “Cristo” se mantuvieron en castellano en los textos traducidos. Aún así, existieron propuestas como la del inca Garcilaso de la Vega, para quien la traducción ideal del Dios cristiano en quechua era la divinidad *Pachacámac*. La equivalencia del inca es desarrollada con más profundidad en el capítulo 6. “Blanquear un ídolo, traducir al dios”.

El tercer capítulo se enfoca en la traducción empleada por los primeros misioneros para hacerse entender por los indígenas en relación con los lugares y las cosas que se hacían cotidianamente. Para ello, toma ejemplos de los vocabularios de Alonso de Molina, Domingo de Santo Tomás, Bernardo de Lugo, Thomas Cage, John Eliot y Jean de Léry.

Los glosarios contenidos en los catecismos y las definiciones de ciertas palabras incluidas en los diccionarios para esclarecer algunos términos son estudiados en 4. “La pasión de las listas, la violencia del nombre”. Entre los principales términos glosados figuran las enfermedades, mandamientos, sacramentos, liturgia y pecados.

El sacramento de la confesión y los confesionarios que se escribieron para llevar a cabo dicho rito con los indígenas son analizados en 5. “Maneras exquistas de pecar: la confesión con quipus”. La autora resalta que en cada región se tradujo el confesionario del tercer concilio limense a la lengua local y se cambiaron los temas de los pecados de acuerdo con el contexto en que se llevaría a cabo la confesión (masticar tabaco, mochar a las huacas, amancebarse, etc.), con énfasis en las faltas contra el sexto y noveno mandamientos, siendo obligatoria para los indígenas la administración del sacramento durante la Cuaresma y la octava del Corpus Christi. Los indígenas registraban en quipus todas sus faltas cometidas, esto fue permitido tanto por el concilio como por las órdenes religiosas. El problema se produjo cuando entre los mismos nativos se empezaron a prestar las cuerdas y a confesarlas como si fuesen los pecados propios.

El rol de las imágenes en el proceso traductor es analizado en 7. “Regímenes de la mirada. Tangatanga y la Trinidad”. Así fue como los francisca-

nos eligieron como instrumento catequético la imagen de un Niño Dios con ropa bordada con signos de la Pasión, o Guamán Poma ilustró su crónica con un indio atado a un pilar y torturado por españoles en semejanza al “martirio crístico” (pp. 211-215). La Compañía de Jesús, por su parte, adoptó el acrónimo JHS (*Jesus Hominum Salvator*), lo colocó al medio de un círculo, e incluyó rayos solares alrededor en semejanza a la divinidad incaica. Otras traducciones con las divinidades locales fueron: el Niño Jesús inca (divinidad *Punchao*), escapularios y Agnus Dei, la Trinidad cristiana con tres rostros idénticos (divinidad tricefálica *Tangatanga*).

Los múltiples usos de la coca (sociales, nutritivos, medicinales, comerciales, diplomáticos, religiosos, etc.) son tratados en 8. “Mascar coca o digerir la diferencia”. Aunque la autora ubica geográficamente los verbos castellanizados “acullicar” (aymara boliviano) y “pijchar” (quechua del Perú), debemos afirmar que en las regiones de ambos países donde se encuentran miembros de estas dos naciones, se emplean los dos verbos para referirse al acto ritual de masticar coca. Otro aspecto que omite la autora es que durante la Colonia la coca continuó siendo un producto “estancado”, cuya comercialización estaba controlada por la Corona española.

Durante todo el período colonial, los indios estuvieron privados de la eucaristía, ya que, ante la falta de insumos para su preparación, esta estaba reservada para el cura y las autoridades civiles españolas. Este aspecto es analizado por López en el capítulo 9. “Festines sin banquete, la comunión (no) administrada a los indios”. Así, durante las fiestas, la ubicación de los fieles en relación con su lejanía o cercanía del custodio de Corpus Christi era reflejo del lugar que ocupaba en la sociedad colonial. Esto produjo una lucha en la que “lo religioso se define en su oposición a lo profano; lo castellano frente a lo nativo; la nueva fe en contraste con las resistencias idolátricas” (p. 269).

La mayoría de las obras de arte en el Nuevo Mundo fueron traducciones de pinturas, grabados, esculturas y otros, existentes previamente en Europa, tal como lo demuestra el ensayo 10. “Emblemas que adornan un altar del Corpus”. Por ejemplo, el obispo Manuel de Mollinedo y Angulo mandó tallar una Virgen de la Almudena e hizo poner en la cabeza de la nueva imagen una astilla de la original ubicada en Madrid, convirtiéndola “en relicario de la imagen milagrosa” y garantizando la sacralidad de la copia (p. 300).

Las mezclas entre alegorías sagradas y profanas se estudian en 11. “La querrela americana de antiguos y modernos o el viaje de los dogmas”. Esto se vio reflejado no solamente en el arte, sino en la literatura y la religiosidad popular; mezclando imágenes de la Virgen, santos y santas, con divinidades del panteón romano o griego.

Finalmente, en 12. “Botines no venales: traer y llevar sentido”, la autora analiza los objetos de culto prehispánicos. López vuelve al relato de inicio

y nuevamente resalta el episodio del padre Ávila con el indio que encontró un botón de seda negra y lo guardó como “huaca” (pp. 356, 359). Según su interpretación, el nativo en su inocencia no podía diferenciar el escaso valor que tenía el mencionado objeto frente a huacas de oro y plata. No obstante, los estudios sobre metalurgia andina, desde la década de los 80 del siglo pasado, confirman que los nativos prehispánicos de los Andes y la Amazonía conocían el procesamiento de los metales preciosos, así también su valor como transmisores de mensajes culturales, y los usaban como objetos codificadores de identidad, poder e intercambio comercial.

López entiende como sinónimos términos con significado diferente (“concilio” y “sínodo”, por ejemplo). Por otra parte, tratándose de un tema como la traducción desde la lengua sacra a las indígenas, para construir sus argumentos recurre más a autores europeos y norteamericanos, excluyendo trabajos de investigadores e intelectuales indígenas en la misma temática. Asimismo, el libro carece de conclusiones. A pesar de esas omisiones, la metodología empleada en el tratamiento de las fuentes documentales y la interpretación de la cultura material, así como la abundancia de fuentes impresas analizadas, lo convierten en un libro de consulta obligada para los estudiosos de la historia de la traducción en el Nuevo Mundo.

José Luis Paz Nomey
 Universidad de Heidelberg
 Heidelberg, Alemania

<https://orcid.org/0000-0002-2863-7244>

SEBASTIÁN MAZZUCA. *LATECOMER STATE FORMATION: POLITICAL GEOGRAPHY AND CAPACITY FAILURE IN LATIN AMERICA*. NEW HAVEN / LONDRES: YALE UNIVERSITY PRESS, 2021, 448 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2948>

El libro de Sebastián Mazzuca es parte del giro hacia la historia política comparada de América Latina. Desde el trabajo seminal de Miguel Ángel Centeno,¹ politólogos y sociólogos estadounidenses especializados en América Latina retomaron y revitalizaron la tradición del análisis histórico comparativo para ocuparse del enigma que son los Estados de la región.² El texto

1. Miguel Ángel Centeno, *Blood and Debt: War and the Nation-State in Latin America* (Pensilvania: Pennsylvania University Press, 2002).

2. James Mahoney, *Colonialism and Postcolonial Development, Spanish America in Comparative Perspective* (Nueva York: Cambridge University Press, 2010); Marcus Kurtz, *Latin*

de Mazzuca es, sin embargo, el intento más ambicioso por proponer una teoría general de la formación de los Estados latinoamericanos.

Para los estudiosos de las ciencias sociales con base histórica, la última afirmación seguramente será, por sí sola, razón suficiente para leer el texto aquí reseñado. Sin embargo, no debería ser la única, ni siquiera la principal. Mazzuca no solo propone una nueva y original síntesis teórica (pp. 21-47), sino que hace su aporte a partir del estudio de un problema empírico peculiar de Latinoamérica. A diferencia de Europa, Asia y África, en América Latina encontramos Estados plenamente formados, con territorios definidos y relativamente estables desde el último cuarto del siglo XIX hasta la actualidad. El autor expone su contribución en diez capítulos, organizados en dos partes, más introducción y conclusiones.

Mazzuca argumenta que en el siglo XIX la formación de los Estados en América Latina creó un obstáculo permanente para la construcción de capacidades estatales. Para capturar ese resultado, el autor distingue conceptualmente “formación” de “construcción de Estado”. La *formación estatal* incluye dos logros gemelos: la consolidación de un territorio y el monopolio de la violencia en manos de quienes gobiernan. La *construcción de Estado*, en cambio, supone el crecimiento en la cantidad, calidad y eficacia de los bienes y servicios provistos por el gobierno a lo largo del territorio del Estado (p. 2). Si observamos un mapa de América Latina a fines del siglo XIX notaremos que los Estados que hoy conocemos ya estaban ahí; la formación estatal se había completado. Con el conocimiento que hoy tenemos podemos volver al mapa y nos daremos cuenta de la gran variación en regiones subnacionales amalgamadas detrás de los Estados contemporáneos; en la región coexisten gigantes como Brasil, Argentina, México y Colombia con países similares en tamaño al promedio europeo (Paraguay y Ecuador, por ejemplo), y microestados (El Salvador es aproximadamente del tamaño de la provincia de Pichincha). El argumento de Mazzuca resuelve esa curiosidad de forma elegante:

En América Latina, la ausencia de amenazas militares permitió la emergencia de una variedad de agentes de formación de Estado: un *puerto*, un *partido* o un *señor guerrero* condujeron el proceso. También permitió que los agentes formaran estados sin atributos weberianos, les dio espacio para combinar y excluir regiones en base a cálculos coalicionales antes que imperativos geopolíticos, y los liberó del

American State Building in Comparative Perspective, Social Foundations of Institutional Order (Nueva York: Cambridge University Press, 2013); Ryan Saylor, *State Building in Boom Times, Commodities and Coalitions in Latin America and Africa* (Oxford: Oxford University Press, 2014); y Hillel David Soiffer, *State Building in Latin America* (Nueva York: Cambridge University Press, 2015).

esfuerzo de ejercer control uniforme a través del territorio (p. 3).³

La formación estatal temprana de Europa Occidental no pudo replicarse en la América Latina del XIX porque el proceso en esta última región ocurrió al interior de un sistema internacional que ya existía, fue tardía —en relación con los casos modales de la teoría estándar—. En Europa Occidental los imperativos geopolíticos y las transformaciones del feudalismo al capitalismo condujeron a la primacía de un solo tipo de agente, el señor guerrero. En un trayecto de *formación guiado por la guerra*, los guerreros tienen una sola alternativa: prepararse para la guerra, acumular recursos para la defensa y expansión del territorio del Estado emergente. La existencia de un sistema internacional dominado por Gran Bretaña en el siglo XIX y de una economía capitalista en su primera globalización, en cambio, llevaron a una trayectoria de formación estatal *guiada por el comercio*. En este último tipo de evolución, el propósito fundamental de los hacedores de Estado es crear un clima de negocios favorable a la expansión del sector exportador.

Los dos trayectos no solo difieren en actores, estímulos, oportunidades y resultados, sino sobre todo en las estrategias de los creadores de Estado para lograr la consolidación territorial y el monopolio de la violencia. La guerra elimina a los gobernantes rivales del constructor de Estado. En la formación estatal guiada por el comercio, la eliminación de los gobernantes que controlan territorios periféricos es contradictoria con el crecimiento del sector exportador. La estrategia para los creadores de Estado es el apaciguamiento de los rivales mediante promesas creíbles de participación en los beneficios económicos. La *pacificación* es el medio político para formar el Estado, pero también el obstáculo principal para el desarrollo de capacidades administrativas a lo largo del territorio, porque el cuerpo del Estado debe poblarse por clientes de los gobernantes periféricos.

Una cosa es la claridad y parsimonia de un argumento; otra, completamente diferente, es sostenerlo empíricamente. Para cumplir con esta segunda condición, Mazzuca recurre al análisis histórico comparativo, ayudándose con frecuencia de contrastes contrafactuales. El autor propone una nueva periodización del siglo XIX (tabla 2.1, p. 52). El examen de la Independencia (1810-1825) pone en duda la tesis de la “balcanización” del Imperio español, y en su lugar resalta la falla de los primeros intentos de formación estatal dentro de la trayectoria guiada por el comercio. El período subsiguiente (Co-

3. El autor usa “puerto” como una abreviatura para designar a un empresario político aliado con los intereses de una ciudad-puerto importante (Río de Janeiro, Buenos Aires). El “partido” se entiende como la competencia entre dos o más partidos que ponen en marcha el proceso de formación de Estado (Colombia, Guatemala y México). El “señor guerrero” es un caudillo, un terrateniente en la cima de una jerarquía informal de clientes.

lapso Estatal, 1825-1845) se caracteriza por la incipiente formación estatal según la modalidad de la guerra. El período final (Formación Estatal, 1845-75) da como resultado el éxito de la formación estatal guiada por el comercio, y el fracaso en la construcción de Estado; esto es, el equilibrio estable que continúa hasta el presente.

Mazzuca pone a prueba su periodización mediante el estudio comparativo de ocho casos entre 1810 y 1875. Argentina y Brasil son ejemplos de la trayectoria de formación guiada por un puerto. México, Colombia y Uruguay ilustran la formación guiada por partidos. América Central (en realidad, Guatemala), Venezuela y Perú, el camino de la formación estatal conducida por señores guerreros. La erudición del autor no solo le permite comparar entre los casos individuales de los Estados que actualmente conocemos, sino también con aquellos otros que desaparecieron pero tuvieron una buena oportunidad para existir durante el siglo XIX: la República de Buenos Aires, la Confederación de Argentina, la Liga de los Pueblos Libres, la Confederación del Ecuador, la República de Bahía, Piratíní, la República de Zacatecas, la República de la Sierra Madre, Yucatán, la Gran Colombia, la Federación Centro Americana, la Confederación Peruano-Boliviana.

Caso tras caso, el autor documenta la transformación de los hacedores de Estado desde su papel como creadores de mercado hacia creadores de sociedad política (*polity*, en su terminología); quienes fracasaron en esa adaptación se hundieron junto con sus Estados (Bolívar, Rosas, Santa Anna); los que lograron la transición no solo sobrevivieron, sino que crearon los Estados que conocemos (Mitre, los Saquaremas en Brasil, Páez, el partido liberal mexicano, etc.). Para lograr esa transición, los hacedores de Estado crearon fórmulas de gobierno que incorporaran a sus rivales regionales a los beneficios del comercio internacional, y garantizaran a esos líderes su continuidad en el poder.

En este punto *Latecomer State Formation* va más allá de la síntesis Marx-Weber y nos conduce a una tradición más antigua del análisis histórico político comparativo, a Maquiavelo. El libro llena ese gran vacío de la literatura política latinoamericana, el lugar que en otras tradiciones ocupan *El Príncipe* y la *Historia de Florencia*. Aunque no sea la intención del autor, un lector político puede aprender muchas lecciones del comportamiento estratégico de Mitre, del sentido para la oportunidad de Ramón Castilla o Páez, así como de los grandes fracasos de los muchos personajes que pueblan las páginas del libro de Mazzuca.

La teoría política de Mazzuca está abierta a la refutación. Una tarea que los historiadores, sociólogos políticos y politólogos latinoamericanos —y los latinoamericanistas— que trabajan sobre el Estado bien podrían emprender.

Pablo Andrade
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-9940-0615>

MEDÓFILO MEDINA Y RIGOBERTO RUEDA. *BOLÍVAR Y SAN MARTÍN, LA INDEPENDENCIA COMO PROCESO CONTINENTAL*. BOGOTÁ: AURORA, 2019, 306 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2911>

Pocos momentos históricos se han revestido de tanto análisis como el proceso de independencia de la América hispánica. Justo en el marco del Bicentenario de estos hechos rupturistas se han realizado algunos llamados para estudiar y abrir debates que ayuden a la comprensión y explicación de dicho pasado. Solicitantes de la convocatoria, así como responsables de una de las respuestas del fenómeno, Medófilo Medina y Rigoberto Rueda exponen una posibilidad de análisis de los hechos desde una perspectiva “transnacional”, que pone en primera línea las experiencias militares posteriores al fenómeno juntista de 1808 y 1810.¹ Justo en las celebraciones nacionalistas sobre las victorias militares y la celebración del segundo centenario de las cartas constitucionales, este texto, publicado en 2019, viene a refrescar el debate sobre estos hechos históricos y los usos que se hacen de estos en la memoria.

Bolívar y San Martín, la independencia como proceso continental debe verse entonces bajo una emergencia de tendencias que explican la Independencia alejándose de posturas deterministas que han basado su explicación desde una perspectiva monocausal. En contraste con la tesis de “revoluciones hispánicas” del historiador François-Xavier Guerra, Medina y Rueda comprenden el período entre 1810 y 1822 como el de visión y consolidación de una independencia por la vía militar. San Martín, desde el sur del subcontinente, y Bolívar desde el norte, establecieron que la única forma para asegurar el éxito del proyecto independentista era la victoria militar y la expulsión de todo orden colonial impuesto desde la metrópoli. Bajo esta tesis, el libro se divide en una introducción, en la que se discuten los usos del pasado, con

1. Medófilo Medina, “En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François Xavier-Guerra sobre las ‘revoluciones hispánicas’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 37, n.º 1 (2010): 149-188.

reflexiones sobre la disciplina y la memoria, con un protagonista caudillo en cada una; y, finalmente, un epílogo con Bolívar y San Martín, quienes se encuentran en Guayaquil y definen el inmediato futuro militar sudamericano.

En el año de publicación del libro, muchos usos de la historia a favor de intereses políticos desdibujaron la verdad sobre el pasado. Alejándose de esto, en la introducción (pp. 9-40) se discute cómo la América hispánica no recibió ningún apoyo de los Estados Unidos o Inglaterra, dando a los sujetos revolucionarios el papel de agentes del proceso de cambio. No obstante, a la geopolítica global sí que le interesó la Independencia, llegando a determinar proyectos políticos antiliberales como la Santa Alianza. En este marco se entiende cómo transitaron las ideas de un lugar a otro y se tomaron decisiones, teniendo en cuenta los hechos en otras latitudes; lo transnacional y la globalización se tornan imprescindibles en el encuadre del objeto histórico. En suma, desde que el Perú virreinal de Abascal decidió luchar contra las juntas autonomistas creadas entre 1808 y 1810, las fronteras locales coloniales sucumbieron y se planteó la necesidad de una lucha continental contra la presencia en la metrópoli. Situación que fue entendida en Europa como el punto de partida para pactos que frenaran este campo creciente de republicanismo

La primera parte (pp. 41-189) narra cómo se dio este proceso en el norte del subcontinente, con Simón Bolívar. Desde su penosa situación en Jamaica hasta sus alianzas con el Gobierno de Pétion en Haití, el líder veía la avanzada realista en el continente como un solo enemigo y el punto de partida de una empresa continental que lo disputara. Con el apoyo del gobierno revolucionario de Haití, Bolívar logró organizar un ejército para disputarle territorio a los realistas. Estos, aunque fortalecidos por la llegada de Morillo desde la Península, tenían un apoyo poco decidido entre las gentes y su arsenal militar se había limitado por las pérdidas en el mar.

La disputa por las posiciones costeras jugó un papel fundamental. Mediante los fracasos, Bolívar entendió que debía asegurar un punto en el oriente para abrirse camino sobre el Orinoco y pactar con líderes locales que eran rebeldes a la presencia metropolitana. Así, se hizo con el apoyo de Páez en el occidente de la Capitanía de Venezuela. Una vez posicionado en los llanos y Guyana, el trabajo de distracción del general Santander fue fundamental para desgastar al ejército de Morillo y plantear el ascenso hacia los Andes. En la batalla del Pantano de Vargas y el Puente de Boyacá se disputaron las posiciones sobre el avance hacia Santafé de Bogotá. Con la victoria del bando patriota, la región quedó como una isla republicana en un mar monárquico; la expulsión de los realistas del continente se hacía imperiosa para asegurar el éxito del proyecto independentista.

El caso de San Martín difiere del anterior y ocupa la segunda parte del libro (pp. 191-295). Las experiencias militares marcaron la suerte de la ofensiva

del sur, pues desde el ataque inglés de 1806 se planteó la necesidad de crear un ejército que defendiera los intereses del puerto bonaerense y se tecnificara según los avances existentes en el momento. En este ámbito de profesionalización sobresalió San Martín, hasta convertirse en el general que defendió el norte de las Provincias Unidas del avance realista proveniente del Alto Perú.

Tras la defensa del norte, San Martín comprendió que la única seguridad que tenía la consolidación del proyecto autonomista liderado por la ciudad de Buenos Aires era la derrota militar de los realistas en Perú. Además, reflexionó sobre la imposibilidad de avanzar por los Andes en el norte y convenció a las provincias de apoyar a Chile en su independencia, para lograr un reducto desde el cual atacar al Virreinato desde el sur. Una vez establecido el camino, el paso hacia los Andes y la consolidación de un ejército regular fueron fundamentales para las victorias posteriores en contra de los realistas. Concretada la independencia chilena, el ejército continuó hacia Perú, donde se encontró con un apoyo popular reducido y falta de apoyo de su patria de origen, que enfrentaba una guerra civil. Así, el caudillo disputó posiciones a los realistas y muchas veces las ganó desde la vía diplomática, llegando a liberar a Lima con ese método.

Bolívar y San Martín se encontraron en Guayaquil en 1822 para decidir el destino del puerto. La reunión entre un Bolívar, apoyado por un Estado del que era líder, y un San Martín que no tenía un soporte concreto, inclinó la balanza a favor del primero. Los dos coincidían en que la independencia acababa cuando la metrópoli fuera expulsada del subcontinente, pero ninguno sobrevivió a las disputas posteriores de los proyectos estatales que habían ayudado a consolidar. Los nuevos Estados tuvieron como principios de administración las experiencias militares y las luchas con poderes locales, permanencias que marcaron las disputas políticas en los años posteriores.

Este libro es un debate con las tesis de Guerra, planteado por Medófilo Medina en 2010.² Aunque muchas críticas son pertinentes aun hoy, es necesario reconocer que la puerta abierta por el historiador franco-español excedió su obra, y hay una historiografía muy persuasiva que ha explicado la explosión juntista desde este paradigma. Es necesario establecer puentes entre las dos formas de hacer historia, toda vez que trabajos como el reseñado tienen una profundidad conceptual mayor al abordar los primeros años de ruptura del orden colonial. También es necesaria más evidencia empírica que muestre la Independencia como proceso continental, pues al señalar a los dos líderes como los sujetos que encarnan este ideal, puede llegar a pensarse que ellos eran los únicos que pensaban y actuaban en ese sentido. No obstante, la propuesta de Medina y Rueda nutre el conocimiento del período

2. *Ibíd.*

y sin lugar a dudas contribuye en la empresa historiográfica que trata de comprender el pasado mediante la actuación de los sujetos y no como el producto de relaciones monocausales que lo explican desde afuera.

Edwin Herrera Avellaneda
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-0690-7573>

ALFREDO SANTILLÁN CORNEJO. *LA CONSTRUCCIÓN IMAGINARIA DEL SUR DE QUITO*.
QUITO: FLACSO ECUADOR, 2019, 247 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.3063>

El adjetivo *polar* emplea alusiones geográficas para describir relaciones contrapuestas, lo cual resulta particularmente sugerente para la ciudad de Quito, pues ella ejemplifica la *polaridad* en dos sentidos, es decir, geográfica y conceptualmente. En primer lugar, la topografía montañosa de Quito ha concitado un crecimiento históricamente longitudinal, extendiendo los límites de la ciudad desde sus dos polos. Pero se contraponen también de manera simbólica, como lo demuestra Alfredo Santillán Cornejo en su libro *La construcción imaginaria del sur de Quito*. Este estudio se divide en cinco capítulos: los primeros dos introducen la teoría urbana y sus articulaciones en la historia de la ciudad, mientras que los últimos tres discuten los resultados de una extensa investigación sociológica. Si bien no es un estudio histórico, dialoga con la historia cultural y la historia social y urbana, pues los constructos de significación figuran en su explicación de las concepciones urbanas, y el desarrollo social y material contribuye al sentido de segregación. Al final, el libro arguye que la transmutación de la frontera urbana —desde una barrera física hasta una barrera simbólica— sigue dividiendo el norte y el sur de la ciudad y perpetuando sentidos de polaridad sociocultural.

Santillán Cornejo, un profesor investigador en FLACSO Ecuador, no se adentra en las articulaciones de la segregación urbana en Quito desde el comienzo del libro, sino que introduce una exploración teórica de la intersección disciplinaria de la historia, la sociología y la antropología urbana. Su investigación resulta relevante, ya que las tres disciplinas tienen fuertes aplicaciones para el estudio de la ciudad y ayudan a explicar la transmutación de la frontera urbana. De acuerdo con el autor, la materialidad del espacio y sus representaciones están estrechamente entrelazadas; es decir, “la representación del lugar resulta constitutiva de lo que este *es*” (p. 14). Su investigación recurre a los planteamientos de los antropólogos Hiernaux,

Lindón y Girola, quienes introducen el rol del imaginario en la aprehensión y conceptualización de los espacios, y a los argumentos de Armando Silva, autor que reconoce las operaciones psicoanalíticas en la aprehensión de los espacios, donde “el imaginario funda la experiencia de realidad” (p. 20). Este estudio sugiere que la construcción sociocultural de los espacios urbanos y los procesos económicos y políticos no son excluyentes, sino complementarios, pues los primeros “no son ajenos a las relaciones de poder ni a las desigualdades que constituyen la estructuración física de las ciudades” (p. 24). Estas teorías demuestran que la historia de la segregación socioespacial de Quito es un proceso de construcciones recíprocas, y le ayudan al autor a ordenar su investigación e interpretar los resultados del estudio.

El estudio comienza la discusión de la organización espacial de Quito y las percepciones históricas y contemporáneas sobre ella, con un análisis de los desarrollos históricos que han contribuido a formar esas concepciones en el siglo XX. Entre 1940 y 1970, la percepción del menor desarrollo e inversión en el sur de la ciudad reflejaba la realidad. Asimismo, el “Plan regulador” de los años 40 (el primer plan urbanístico técnico en la historia del país) no inventó la segregación entre el norte y el sur de Quito, pero sí la institucionalizó (p. 40). Durante este intervalo, el crecimiento de la ciudad siempre se extendió en las dos direcciones polares, con los grupos élites migrando desde el viejo centro histórico hacia el norte, y los grupos populares expandiéndose hacia el sur. Además, la emergencia de un segundo núcleo urbano en el centro-norte concitó el desarrollo desigual en los servicios urbanos.

El *boom* petrolero de los años 70 causó una explosión poblacional y espacial y, desde entonces, el crecimiento ha resultado más disperso; estos años vieron la gran expansión periférica tanto al norte como al sur. En las siguientes décadas, el Distrito Metropolitano de Quito corrigió muchas de las discrepancias en los servicios entre norte y sur, aunque no logró eliminar la segregación urbana, como bien demostraba el *Atlas Infográfico* (1992), lo cual introdujo otras variables en la delimitación de la segregación. Además, la diferenciación psicológica entre el norte y el sur de Quito había adquirido un fuerte sentido simbólico, que resulta más difícil combatir que la segregación geográfica.

La metodología que utiliza el autor se sostiene en tres técnicas: la encuesta escrita, en la que participaron unas mil personas de las tres zonas de Quito; las conversaciones focales, en las que participaron 19 encuestados; y las entrevistas individuales. En la encuesta, los participantes respondieron a una variedad de preguntas sobre las tres zonas de la ciudad, cuyos temas incluían sus percepciones del espacio (experiencias olfativas, la incidencia de colores, el clima) y sus habitantes (percibido nivel socioeconómico, características, etc.). Santillán Cornejo exhibe los resultados de dicha encuesta en

gráficas que dividen la incidencia de las respuestas según la zona metropolitana en donde residían los encuestados. Los resultados establecen que sí existe una frontera imaginaria entre el norte y el sur de Quito y que “ambos lugares figurativos se definen a través de la contrastación” (p. 113). Asimismo, el concepto binario que sostienen los habitantes de ambos lugares de la ciudad ayuda a reproducir tal imaginario (p. 113).

La investigación de Santillán Cornejo tiene como corolario varias conversaciones focales que complementan y profundizan lo develado en la encuesta. En ellas participaron 19 personas que se dividieron en tres grupos: activistas residentes del sur, residentes generales del sur y exresidentes que se reasentaron en el norte. Los grupos focales participaron en conversaciones guiadas, las transcripciones de las cuales intentan expresar sus reacciones (tanto verbales como corporales) ante comentarios que han escuchado sobre el sur y ante lo discutido en la conversación. Los primeros dos grupos revelan la fuerza de la frontera simbólica entre el norte y el sur, pues se definen más por las asociaciones y actitudes que representan el sur que por sus características espaciales. Si el grupo de exresidentes del sur confirman la percepción de la frontera imaginada, evitan verbalizar las asociaciones negativas del sur que esta a veces refuerza. En todo caso, el patrón emergente que surge a lo largo de las tres conversaciones es el rol diferenciador de la comparación.

La tercera y última parte del estudio —basada en entrevistas individuales— resulta reveladora: las perspectivas de los cinco participantes seleccionados de entre los tres grupos focales matizan los consensos colectivos surgidos en los grupos de discusión. Estas entrevistas resaltan las siguientes temáticas: la identificación con el sur (o norte), ejemplos del menosprecio expresado hacia el sur y respuestas ante ello (especialmente la vergüenza o negación de vivir en ello), y el efecto en la autoestima. Santillán Cornejo afirma que al habitar el sur, los sujetos y su entorno se definen mutuamente, una construcción sumamente evolutiva (p. 166). Entonces, combaten el menosprecio dirigido hacia el espacio y hacia ellos mismos al habitarlo con varias estrategias: el enfrentar, ignorar, negar, abandonar y utilizar. Según el autor, la apología sureña reivindica las cualidades morales y comunitarias del sur ante el orden estigmático; asignan, además, características contrapuestas a los residentes del norte. Así refuerzan la diferenciación expresada simbólicamente.

Este estudio aporta una perspectiva cualitativa, pero sobre todo humana, a la geografía segmentada de la ciudad de Quito. Si bien el estudio que realiza no es una investigación histórica, requiere del análisis en ese sentido para explicar el presente segregado. De esta manera, dialoga con la historia social y la historia urbana, que estudian los sujetos comunes que conforman

y dirigen la sociedad. Ellas también recalcan la parte material y económica de la historia y las dinámicas que estos concitan para el desarrollo societal. En la investigación de Santillán Cornejo, los participantes describen una versión de la ciudad que ya no refleja la realidad objetiva contemporánea; demuestran así la manera en que percepciones sociales y urbanas históricas han durado e intervenido en la interpretación del presente.

Dicha interpretación, además, exhibe un postulado de la historia cultural: la construcción de la realidad a través del lenguaje. Santillán Cornejo analiza lo dicho en las entrevistas del estudio con la misma precaución y perspicacia que utilizan los historiadores con textos históricos. Es decir, en ambos casos, los textos no aportan tanto el material de lo sucedido, sino su interpretación por parte de los sujetos que lo relatan. En la construcción imaginaria, Santillán Cornejo no cuestiona la veracidad histórica de las observaciones hechas en las entrevistas —algo que sí es cuestionable—, sino que indaga qué implican y qué significan estas observaciones para los habitantes de Quito y el desarrollo de la ciudad. El estudio revela que la manera en que los sujetos articulan la realidad colectiva que perciben contribuye a perpetuarla.

Finalmente, cabe preguntar si el estudio de Quito tiene alguna relevancia global para la antropología urbana o la historia de la segregación metropolitana y sus desplazamientos simbólicos. *La construcción imaginaria* demuestra que, en el caso de Quito, como probablemente en otras ciudades, la segregación no necesariamente se disuelve con el desarrollo infraestructural y la igualación del acceso a los servicios, porque una vez internalizadas colectivamente tales concepciones, la sociedad las reproduce. Si bien en Quito las dos zonas separadas geográficamente demuestran este concepto de manera fuertemente visual, es probable que la segregación simbólica se haya presentado en diferentes escalas o patrones en otras ciudades del mundo. La adición de la segregación imaginaria como agente en la reproducción de la segregación urbana es un aporte importante al campo de los estudios urbanos: ayuda a iluminar los procesos que definen el capital simbólico y, con ello, la disputa sociocultural.

Nina Longenecker Fox
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-7114-4939>

ALEXANDRA SEVILLA NARANJO. *FIDELISMO, REALISMO Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LA AUDIENCIA DE QUITO*. QUITO: FLACSO ECUADOR / INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA, 2019, 350 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.2547>

El título del libro ilustra la preocupación de la autora por rescatar el papel de quienes conformaron el bando realista entre 1809 y 1822, que ha sido relegado por la historiografía ecuatoriana dando prioridad al juntismo. Para ello, usa el método prosopográfico, que permite comprender cómo se construyeron esas pertenencias.

Este libro corresponde a la tesis doctoral de la autora en Historia de los Andes (FLACSO Ecuador). Cabe mencionar que su producción previa se enfoca en la participación política de la población indígena durante el juntismo e independencia, así como en la participación de las mujeres en la Revolución de Quito y su condición jurídico-política.¹

Un aspecto fundamental del libro es el tratamiento del período y de sus actores desde la perspectiva de la historia conceptual y los lenguajes políticos, para poner bajo enfoque los usos sociales de conceptos de ciudadanía, soberanía, entre otros. Desde este punto de vista, el trabajo constituye un gran aporte historiográfico.

La exposición está dividida en dos partes de tres capítulos cada una. El primer capítulo (pp. 39-89) reconstruye la conformación de los bandos políticos durante la Revolución quiteña, para lo cual rastrea los actores políticos de acuerdo a la clasificación del procurador síndico, Ramón Núñez del Arco. Un elemento fundamental para este rastreo fueron los lazos familiares, el parentesco y redes clientelares que establecieron las familias antes de la revolución política. Otro factor fueron las actividades económicas desarrolladas por ambos bandos, que permiten ver intereses económicos en juego y su consecuente accionar político, así como el trasfondo intelectual del realismo quiteño, que no era distinto del insurgente.

En el segundo capítulo (pp. 91-128), Sevilla muestra cómo indígenas, plebe y esclavos optaron por el realismo. Por una parte, la participación indígena en la contrarrevolución obedeció a una agenda política propia, en la cual el tributo era el principal eje de negociaciones; la inclinación por el realismo o el juntismo fue un mecanismo para reducir o suprimir su cobro. Sin embargo, y pese a los decretos que dictaminaban su abolición, suprimir

1. Sonia Salazar Garcés y Alexandra Sevilla Naranjo, *Mujeres de la Revolución de Quito* (Quito: FONSA, 2009).

el tributo resultó imposible porque era el sustento de los funcionarios públicos. Debido a ello, los caciques, figuras importantes en la sociedad colonial, en función del tributo ejercían influencia sobre los indios para optar ya sea a favor o en contra del proyecto juntero quiteño. Por otra parte, la plebe se alineó con el realismo o la insurgencia de acuerdo con las relaciones clientelares existentes; y a su vez, la población esclava buscó un bando que se alineara con sus intereses.

En el tercer capítulo (pp. 129-162), se analiza otro actor importante: el clero. La adhesión de este a uno u otro bando no obedeció a jerarquías religiosas ni lugar de nacimiento, sino más bien a lazos económicos, familiares y clientelares. La participación del clero en la contrainsurgencia fue vital, pues a través del púlpito movilizaban a la población y mediante el confesionario se indagaban las intenciones políticas y se las denunciaba. El clero realista tuvo una clara inclinación hacia el regalismo, y muchos curas se mantuvieron fieles a este, incluso, desobedeciendo la autoridad de prelados insurgentes. En lo que respecta al clero insurgente, de acuerdo con Sevilla, es difícil ubicarlo con un claro discurso. El análisis del papel del obispo Cuero y Caicedo antes, durante y después de los sucesos de la revolución política, muestra claramente un discurso cambiante, de acuerdo con las circunstancias de la época.

En los tres primeros capítulos, Sevilla evidencia cómo se constituyó el realismo en la Audiencia que, ante la crisis de 1808 y la Revolución quiteña, no mostró grandes diferencias con respecto al juntismo. A más de visibilizar el realismo, un aporte del libro es identificar los elementos que diferenciaron a cada bando. En el cuarto capítulo (pp. 165-220) se estudia la manera en la que la contrarrevolución asimiló la crisis de 1808 y el juntismo quiteño. Las abdicaciones de Bayona y la ocupación de la península por las tropas francesas generaron conmoción en territorio americano. En la Real Audiencia de Quito, un año después, se estableció una junta fiel a Fernando VII, que desconocía a las autoridades de la Audiencia. Esta junta buscó preservar el territorio para la monarquía y asumir la soberanía del rey ausente, atacó los privilegios y poder de las autoridades de la Audiencia y al poco tiempo fue rechazada por las demás ciudades y por los centros virreinales. De esta manera, se formó un bando contrainsurgente que defendía la permanencia de las autoridades audienciales. Esta primera junta fracasaría al poco tiempo y Ruiz de Castilla sería restituido como presidente.

Tanto en la Península como en los pueblos americanos existió una cultura política idéntica, una misma simbología religiosa, y un fidelismo notable, por ello hay una respuesta juntera generalizada. En esa medida, la reconstrucción de las facciones es un gran aporte de Sevilla, pues ambos bandos se muestran fieles a la monarquía, pero actúan frente a la crisis de forma distinta. Los realistas en 1809 representaron al absolutismo, mientras que

los juntistas a un naciente liberalismo. Los primeros defendían la unidad del imperio al reconocer que la soberanía del imperio recaía en el rey y sus representantes, los segundos defendían el principio de soberanía fragmentada al reconocer que, en ausencia del rey, ella recaía en el pueblo.

En el quinto capítulo (pp. 221-251) se analizan las consecuencias de la captura de los miembros de la primera junta y las dificultades para juzgarlos. Las decisiones del fiscal Aréchaga, lejos de apaciguar los ánimos, los atizaron. Ante la inminente llegada de Carlos Montúfar como comisionado de la Regencia se urdió un plan, probablemente por parte de Aréchaga, para eliminar a los presos. Después de los sucesos del 2 de agosto, Aréchaga y varios realistas abandonaron Quito.

Con la llegada del comisionado regio, Carlos Montúfar, se establecería una segunda junta subordinada a la Regencia, al tiempo que el realismo se fortalecía en otras ciudades, en especial en Guayaquil y Cuenca, que se mantuvieron fieles a la autoridad del virrey Abascal. La Audiencia tuvo que compartir dos gobiernos: el de Carlos Montúfar y el de Joaquín Molina, nombrado por Abascal y subordinado a la Regencia. Estos sucesos ahondaron la brecha entre realistas e insurgentes. A fines de 1811, la segunda junta desconocía la autoridad de la Regencia, luego de lo cual, con el apoyo de los corregimientos de la sierra, se dictó la Constitución quiteña de 1812 o el Pacto Solemne. La incapacidad de pacificar la Audiencia lleva a que Molina fuera reemplazado por Toribio Montes, quien, tras derrotar a los insurgentes en la batalla de Ibarra, inició su política de pacificación. Así finalizaba la Revolución quiteña. Cabe acotar que la circulación de noticias a través de cartas, panfletos, libelos y pasquines ayudó a dividir aún más a los bandos. El papel de la palabra hablada tuvo igual importancia que la escrita, pues ambas buscaban dividir a los habitantes en uno u otro bando.

Otro aporte de este libro es el rescate del período de 1812-1820. El capítulo sexto (pp. 253-306) analiza la pacificación de Montes, vital para entender la dinámica de los bandos, en medio de la intensificación de las guerras y del constitucionalismo gaditano. Tras la victoria en Ibarra ya mencionada, Montes proclamó dos indultos y, ante la sorpresa de muchos realistas, figuras importantes de la insurgencia fueron perdonadas, otras desterradas y muy pocas sufrieron la pena capital. Estas actuaciones hicieron que Montes perdiera el apoyo de muchos realistas que veían con inconformidad su política de pacificación.

En marzo de 1812 fue publicada la Constitución de Cádiz, la cual promulgaba la soberanía de la nación española. El Régimen de Montes hizo todo lo posible para que se aplicaran los postulados gaditanos en la Audiencia. Las ceremonias de publicación y jura de la Constitución se llevaron a cabo en los diferentes territorios y la simbología de estas ceremonias, como

las fiestas en su honor, mantuvieron rasgos del antiguo régimen. Ante la aplicación de la Constitución, muchos realistas fieles se mostraron inconformes al ver que muchos insurgentes eran electos como autoridades de los ayuntamientos constitucionales. Por su parte, realistas moderados e insurgentes defendían la Constitución.

Un punto fundamental fueron las elecciones efectuadas bajo el marco constitucional gaditano, que buscaba elegir autoridades locales para las diputaciones provinciales y cortes. Los indígenas fueron incluidos como ciudadanos de la nación española, pero es muy complicado, según la autora, generalizar su participación efectiva en las elecciones debido a los pocos trabajos al respecto. En términos generales, quienes resultaron beneficiados por las elecciones gaditanas fueron los que habían optado por la insurgencia. Además, se debe tener en cuenta que las elecciones y sus resultados, no sin presentar conflictos, fueron manejados por cada localidad, como ocurrió en el caso lojano. Por otra parte, en Cuenca se evidencia la participación activa de la población indígena en los comicios gaditanos.

Tras el regreso de Fernando VII al trono español se desconoció la Constitución de Cádiz, con lo que liberales peninsulares y americanos fueron perseguidos. En Quito, el rechazo a las políticas del rey se hacía sentir entre constitucionalistas y realistas moderados. Fernando VII decidió instaurar el absolutismo por las armas, con el envío a Morillo y sus tropas. Esta medida, entre otras, fue fundamental para que los pueblos miren la independencia como una opción, pues, pese a la restitución de la Constitución de Cádiz en 1820, se optó por la independencia que, para aquel entonces, era cuestión de tiempo.

El esfuerzo historiográfico y los aportes del libro ya se han mencionado. Cabe apuntar que, en el último capítulo, el de mayor temporalidad, no se aborda el problema territorial que desencadenan las elecciones gaditanas y la proliferación de ayuntamientos constitucionales en relación al realismo. No obstante, el esfuerzo por visibilizar los años olvidados por la historiografía invita a generar nuevas interrogantes respecto al realismo y la independencia. Por esta razón, el trabajo debe ser revisado y considerado fundamental para posteriores estudios de la época.

Lenin Guerra
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-4017-377X>